Capítulo I. La geometría de los problemas

En este capítulo encontrarás los siguientes contenidos:

- Una geometría oculta bajo cada suceso
- Tentados por la dualidad
- Abandonando el paradigma de las dos dimensiones
- Geometría espiral y problemas
- Vectores del suceso y de la persona que orientan hacia el orden o hacia el caos
- El *Punto de Colapso*, el *Punto de Infinitas Posibilidades* y una nueva geometría
- El problema como punto de acceso a distintos niveles de realidad

Una geometría oculta bajo cada suceso

Existen muchas formas de transitar por la existencia. Si nos detuviésemos a observarlas, podríamos reducir todas ellas a sencillos esquemas geométricos.

A menudo nos cruzamos con personas que anteponen sus propios objetivos a los de otros. Persiguen sus intereses sin distracción, siempre orientados a la consecución de sus fines. Esas personas no plantean problemas, siempre y cuando los que les rodean y las circunstancias vayan en paralelo a sus objetivos. Pero esta aparente armonía se perderá en el mismo instante en que alguien o algo se desvíe y se cruce con sus intereses, convirtiéndose entonces en un estorbo, obstáculo o lastre para ellos.

Este tipo de personas, –frecuentes de encontrar–, podríamos decir que son "lineales". Tal linealidad admite grados y puede convertirse en un problema cuando ese patrón de conducta se emplea rígidamente, sean cuales sean las circunstancias.

Otro patrón fácil de reconocer es el que expresan aquéllos que van por la vida repitiendo un guión o historia vital. Éstos son expertos, por ejemplo, en emparejarse siempre con el mismo tipo de personas, con las que generalmente acaban mal. Pasan de pareja en pareja repitiendo siempre el mismo guión: encantamiento-consolidación de la relación-apatía-desgaste-conflicto-ruptura...

Esta situación se produce, de igual forma, en las relaciones de pareja y en las profesionales cuando, por ejemplo, alguien entra en un determinado tipo de empleo y repite ciclos de inestabilidad profesional una y otra vez. De no romper esos ciclos, el individuo se mantendrá en una precariedad vital permanente.

Al último patrón ejemplificado le podríamos llamar "circular", pues la misma historia se repite una y otra vez, tanto si

la persona tiene conciencia de estar en ese esquema cerrado, como si no. Algunos son conscientes de estar en esa situación, sintiéndose atrapados en su guión vital e incapaces de encontrar las claves que le permitan salir de esa "rueda de hámster".

Hay circunstancias en las que también se entra en dinámicas que van cerrando posibilidades. No tienen por qué ser siempre dinámicas negativas. En ocasiones las personas se cruzarán con alguien lleno de atributos y encantos deseables. Si el atractivo es recíproco, la relación irá cerrándose sobre sí misma, hasta converger y acabar allí donde ambos deciden compartir su trayectoria vital. Es un suceso magnífico, especialmente si se logra mantener en el tiempo esa armonía, complicidad y unidad de criterios. Aquí estaríamos ante un verdadero vórtice capaz de unir a personas que, aunque pudieran partir de los extremos del mundo, a través de su mutua atracción serían capaces de incorporar todos los cambios necesarios para terminar uniendo sus vidas. Se trata de una *espiral convergente* que termina en un dulce colapso vital.

Pero en ocasiones esas espirales convergentes son ladinas: como las espirales generadas por personas con grandes habilidades sociales, que te van llevando hacia el terreno de sus intereses, convirtiéndote en un medio o instrumento para lograr sus propósitos de forma rápida y eficaz. Serás atractivo e interesante para ellos en la medida en que poseas una habilidad o capacidad que quieran explotar. Si esa habilidad pierde fuerza o no te prestas a sus intereses, la armonía, relación o transacción se romperá. Es una trayectoria muy habitual en el mundo de los negocios: *"Me traes prosperidad y riqueza"*, por ello te considero "maravilloso". *"Te creo incapaz de aumentar mis ganancias"*, en tal caso *"no vales nada"*, etc.

La trayectoria vital derivada de una relación no siempre será una espiral convergente. En este sentido, son más interesantes y menos frecuentes aquellos patrones de sucesos y

relaciones que te proyectan lanzándote a realidades ampliadas. En teoría eso es lo que se debería esperar de unos padres bien orientados, que buscan enriquecer los horizontes vitales de sus hijos, y ofrecerles mejores oportunidades y así, garantizarles un estatus sólido en esta sociedad tan compleja y competitiva.

Esa *espiral divergente*, es la misma que algunos profesores provocan en sus alumnos, cuando consiguen motivarles en algún área del conocimiento y les animan a proyectarse profesionalmente en esa dirección.

Cuando yo tengo la habilidad de sacar de ti lo mejor que llevas dentro, la geometría que se expresa en ti es expansiva pues:

- **Enfoco la relación de modo que cada día estemos más armonizados**
- **Te educo y enseño destacando tus potencialidades y adaptando el medio para que puedas desarrollarlas hasta el máximo,**
- **Te implico, animo e inspiro para que, en tu acción, ejecutes tu conocimiento hasta extraer de él la maestría profesional y,**
- **Como iguales que respetan sus diferencias, traemos la prosperidad y la felicidad a nuestras vidas...**

Creo que esta última geometría te ha podido sonar a dulce ambrosía. Es un patrón igual que los otros, sólo que hay pocas personas enfocadas en expresar y fomentar trayectorias vitales así. La mayoría siguen patrones destructivos, agresivos y carentes de respeto, empeñados en someter o imponer su voluntad a los demás. El resultado de estos modelos generalizados nos rodea y nos habla de ineficiencia, desgaste y mucho sufrimiento.

Aún nos queda un patrón geométrico vital que proponerte.

Evidentemente, hay una mayoría de individuos que se mantiene en un cierto estado de apatía e indefinición, ya sea porque permanecen abotargados, o bien porque no acaban de interesarse por nada.

Sin entrar a valorar su patrón, ni calificarlo, su modo de transitar por la vida y establecer relaciones es errático y variable, porque depende solamente de las dinámicas que establecen los que les rodean. Son "hojarasca", porque se mueven según el viento social, familiar o profesional, parados en un punto vital estático, incapaces de tomar la iniciativa. En un sentido estricto, mientras permanezcan en esa actitud, sólo serán "masa".

Tentados por la dualidad

En unas pocas líneas te he propuesto un esquema psicogeométrico muy sencillo que organiza relaciones y trayectorias vitales según patrones muy simples: lineal, circular, espiral convergente, espiral divergente y errático (hojarasca).

Todos nos sentimos atraídos por esquemas sencillos que simplifican la evaluación de las cosas y facilitan una rápida comprensión de la realidad: nos empeñamos en que las cosas sean buenas o malas, claras u oscuras. Desde esa tendencia natural, seguramente evaluaremos apresuradamente y trataremos de seleccionar una de las tipologías propuestas, identificándola como la mejor sobre las demás. Pero hacer eso es cometer un error propio de una mente dual y estrecha.

No existe, dentro de los patrones propuestos, uno que sea mejor que los demás. Cada uno encierra bondades que se pondrán de manifiesto en cada situación.

La conducta lineal es extraordinariamente adecuada cuando se persigue un objetivo concreto. Lo es aun más si el objetivo se encuentra próximo, al alcance de la mano. Es como el universitario que está a un par de asignaturas de completar su formación. Es el momento de comportarse con toda linealidad, centrarse en el objetivo y no distraerse hasta completarlo. Una conducta errática o espiral en ese momento no sería adecuada.

Cuando la persona quiere alcanzar una meta, le resultará muy útil focalizar toda su energía en el objetivo y visualizar continuamente el resultado que desea conseguir. Éste es el motivo por el que a las personas muy lineales se las suele considerar exitosas.

El problema de la conducta lineal se expresa cuando, para alcanzar un determinado objetivo, consideramos que otros elementos o personas se interponen en nuestra trayectoria. Lamentablemente es habitual dejar de respetar al otro y pasar por encima de él o a través de él para llegar a esa "importante" meta. Es, sin lugar a dudas, una conducta destructiva y que suele traer mucho dolor.

El esquema circular muestra su rostro más amable cuando estamos en entornos que requieren reflexión, análisis y estudio. En un laboratorio el suceso debe ser controlado y replicado una y otra vez, hasta encontrar las claves que operan para obtener la comprensión y realizar el descubrimiento. El esquema circular es, entonces, el mejor de todos.

Pero cuando el individuo está metido en ese esquema, incapaz de salir de él, demuestra que no hay comprensión, no aprende, por mucho que repita la experiencia, ya sea a favor o en contra; no se produce ningún cambio capaz de romper esa dinámica cerrada y salir de ella.

Ahora la energía del individuo está igualmente enfocada, pero no se dirige hacia un objetivo, sino que se mantiene siempre enredada o sometida a la misma realidad en la que

permanece cautivo. En tal caso estaremos ante un esquema vital enfermizo, en el que todo gira sobre un determinado conflicto, ya sea objetivo o subjetivo.

Por lo tanto, cuando este enfoque orbite en torno a un suceso para aprender de él o aumentar el grado de conocimiento sobre el mismo, será práctico y deseable. Satisfecho el objetivo, la persona deberá desprenderse del eje sobre el que ha estado orbitando y seguir su camino.

Si el suceso está suficientemente controlado y sigue una dinámica repetitiva y estable, el esquema circular mostrará todo su potencial.

Pero el esquema circular posee una característica que le hace limitado: su artificialidad. Aunque es muy apropiado para estudiar ciclos, en especial los naturales, sigue un patrón más semejante a la espiral que al círculo. El fenómeno que se repite siempre trae cambios, demuestra un comportamiento flexible y variado. Esto nos obliga a introducir una geometría más dinámica, como es la espiral.

En la mayoría de los casos, cada ciclo es distinto del anterior, aunque guarde semejanzas. Ante este tipo de sucesos, de ciclos elásticos e inestables de repetición y cambio, necesitamos recurrir a la **geometría espiral**. Además, el suceso en su evolución, se expande o se contrae, expresando una energía que nos sacará del vórtice proyectándonos, o al contrario, engulléndonos hacia el colapso.

Entendemos muy bien esta idea cuando la llevamos a realidades tales como un negocio. Sabemos que hay picos y valles de actividad pero, en conjunto, siempre va a expresarse una tendencia: un negocio no va bien o mal sino que marcha cada vez mejor o peor.

Más adelante veremos en detalle esta geometría, y comprobaremos que posee características muy apropiadas para abordar y comprender aquello a lo que llamamos problemas.

Ya sólo nos queda referirnos al aparente caos y volubili-

dad de la **hojarasca**, que tiene también sentido bajo determinadas circunstancias: para un niño pequeño, un anciano, un enfermo, en fin, para cualquier persona que no puede valerse por sí misma, el mejor patrón de conducta será abandonarse y depositar su confianza en quienes se hacen cargo de él.

Ciertamente, existe una masa social apática y gris que, a pesar de estar inmersa en ese estado aparentemente errático y de hojarasca, cumple una función de argamasa, de número crítico (que tan bien manejan los políticos, con el fin de polarizarla en pro de sus intereses e ideas). Igualmente, ellos son el combustible de esta sociedad de consumo, los que sostienen y mantienen el sistema.

Los individuos que funcionan bajo el patrón de hojarasca funcionan con la energía que otros dirigen y facilitan. Se mueven a partir de los vectores de empuje que operan en ellos. No es que ellos no posean energía por sí mismos, sino que más bien es que no la emplean, permanece latente. (De hecho la energía potencial está siempre presente lo cual puede observarse cuando la masa es arengada hasta que se activa, y acaba por lanzarse hacia aquello que su líder le señala. Ahí se comprueba que la energía latente en la masa, es enorme.)

Vistos estos patrones, las dificultades se presentan de dos maneras distintas desde el punto de vista de la persona: en las trayectorias rígidas, inamovibles, que no se ajustan a las características del momento vital y a las circunstancias en que se encuentran o cuando se analizan las cosas desde esquemas tan simples, que acaban por resultar inútiles.

En el fondo las dificultades siempre aparecen cuando existe rigidez, estrechez de miras y falta de capacidad para adaptarse.

El secreto de la eficiencia y del éxito asociado a estos esquemas se dará cuando el individuo actúe adaptando sus patrones a la necesidades de la realidad en que se encuen-

tre inmerso: *lineal* cuando persiga objetivos realistas y respetuosos; *circular* cuando se encuentre reflexionando para alcanzar la comprensión de un suceso, momento a partir del cual deberá continuar su camino; *espiral convergente* cuando necesite colapsarse hacia algo o alguien; espiral divergente cuando persiga fomentar el crecimiento propio o ajeno; *hojarasca*, cuando la situación no esté suficientemente definida o sencillamente se pase por un momento de indefinición, o bien no haya energía ni capacidades propias, en cuyo caso será necesario depender –temporalmente– de los recursos de otros.

Sin duda podremos alcanzar resultados muy notables cuando combinemos distintos patrones. A menudo las grandes obras van a requerir de voluntades lineales, junto a comportamientos espirales, flexibles y adaptados.

Abandonando el paradigma de las dos dimensiones

Frecuentemente hemos escuchado, –incluso nosotros mismos hemos podido afirmar–, que la Tierra gira en torno al Sol conformando unas elipses que explican, junto con la inclinación de su eje, la sucesión de las estaciones, la duración del año y un gran número de sucesos cosmológicos que rigen nuestras vidas y muchos de los ciclos a los que estamos sometidos.

Casi nunca nos paramos a reflexionar sobre este esquema que damos por bueno, que es tan simple y reduccionista que para nada se adapta a la verdad. Con un esquema así estaríamos ante un Universo plano, de dos dimensiones. Comprender que la realidad y el esquema son muchísimo más amplios que lo que aceptamos comúnmente como verdadero, constituye un salto conceptual enorme.

En realidad la Tierra expresa un vórtice en torno al Sol, dibujando una trayectoria en el espacio parecida a la forma

de un tornillo o hélice. Ese bucle es resultado del desplazamiento del astro solar, de modo que estamos ante un sistema extremadamente dinámico y complejo. Así son las cosas en la realidad.

Fíjate que, en el par de segundos que has empleado en leer esta frase; subido al vehículo terrestre has recorrido 60 kms por el espacio. A ello añade que, en la latitud a la que nos encontramos (más o menos en el paralelo 400 N), la velocidad de rotación que experimentas en tu aparente quietud es de aproximadamente unos 1.280 km/h.

Te mueves aún sin percibirlo. Y es una carrera vertiginosa, porque vamos persiguiendo a un sol que navega por el espacio a unos 220 kms/s, mientras giras en torno al centro galáctico y realizas un movimiento de tonel o torsión dentro del brazo de la espiral galáctica en el que está inmerso nuestro sistema solar.

A su vez la galaxia parece orbitar dentro de un clúster compuesto por unas treinta galaxias, que en su conjunto orbitan en torno a otro cúmulo galáctico mayor. Y todo cuanto observamos parece dirigirse hacia lo que los astrónomos han llamado "El Gran Atractor".

Calcular nuestra velocidad en este momento es ocioso, pues ese conjunto de desplazamientos no siempre van en la misma dirección, por lo que unas veces se suman y otras se restan.

Lo crucial con este ejemplo es que comprendas que, en cada momento, te encuentras inmerso en una región del espacio que siempre es distinta, siguiendo una trayectoria altamente compleja, por lo que no volverás a encontrarte jamás en el mismo lugar por el que pasaste. Además, el tiempo ya no es un círculo derivado de ninguna elipse que hace la tierra sino que, a lo sumo, es un bucle continuo, tal y como es la trayectoria que expresa la nave en la que viajas a lo largo de un minúsculo trecho (el parpadeo de tu vida) dentro de la

inmensa malla del espacio y del tiempo.

Si eres capaz de asumir lo que acabo de describirte, comprenderás que la realidad en la que te mueves es por encima de todo CAMBIANTE y COMPLEJA.

Es cómodo –y en ocasiones mentalmente económico–, aceptar convencionalismos que implican esquemas simples y planos. Pero nos hacen perder tanta perspectiva y llevan asociadas tantas consecuencias implícitas que, en especial para abordar temas como el de la solución de problemas, no nos queda más remedio que olvidarnos de las dos dimensiones, lo estático y lo simple. Necesitamos adentrarnos en un modelo multidimensional, dinámico y de complejidad suficiente para abordar un marco de realidad más amplio.

Geometría espiral y problemas

La geometría espiral es sumamente apropiada para comprender la dinámica que opera en ese tipo de sucesos que a menudo consideramos problemas.

La clave está precisamente en el transcurso del tiempo. Incluso cuando nos encontramos ante una situación-problema de naturaleza cíclica, es decir, que expresa la tendencia a repetir un determinado esquema, siempre se podrán observar en ella cambios más o menos sutiles: es el caso de plagas, desastres naturales periódicos como los huracanes, etc. La presencia de esos cambios sutiles –en el fondo, expresión del paso del tiempo por esas situaciones-problema de naturaleza repetitiva–, nos indica que estamos ante sistemas que se comportan trazando una geometría más próxima a la espiral que al círculo.

Admitir la idea del círculo –en nuestro contexto– impli-

caría asumir sistemas cerrados, aislados de todo lo demás, capaces de permanecer inmutables repitiendo un determinado ciclo hasta el infinito. Si, por ejemplo, el problema fuesen mis estados emocionales, un esquema circular implicaría pasar el mismo tiempo deprimido que en estado de euforia. Además, sabría que uno y otro ciclo durarían "x" días y que, pasado ese tiempo, avanzaría hacia el ciclo siguiente sin más.

La realidad contrasta con esta visión porque nada permanece inalterable sino que más bien evoluciona, aunque sólo sea por efecto del tiempo.

Ya estamos en condiciones de reconocer que los problemas se expresan siguiendo un patrón espiral –tridimensional– y nunca en círculo cerrado –bidimensional–. Y esa dinámica, provocada por la presencia del factor tiempo, hará que las espirales evolucionen, abriéndose o cerrándose.

¿En qué sentido hablamos de apertura o cierre del ciclo espiral?

Hablaremos de **espirales que progresan abriéndose**, cuando la situación evolucione ampliando las posibilidades de respuesta ante el suceso, es decir, cuando el problema con el paso del tiempo vaya admitiendo más opciones y alternativas. En este caso, la situación de alguna forma se disolverá o diluirá por sí misma.

Por ejemplo, éste sería el caso de un enfermo que evoluciona hacia la recuperación, que cada día se encuentra menos limitado y requiere menos cuidados, hasta que se restaura el equilibrio físico y el problema desaparece.

Por el contrario, hablaremos de **espirales que progresan cerrándose**, cuando los grados de libertad se limiten, o dicho de otro modo, las posibles salidas del problema se vayan reduciendo. Esa espiral, cerrándose, llevará el problema al extremo crítico, donde sólo admita nada más que una alternativa para salir de él. En este caso el problema se

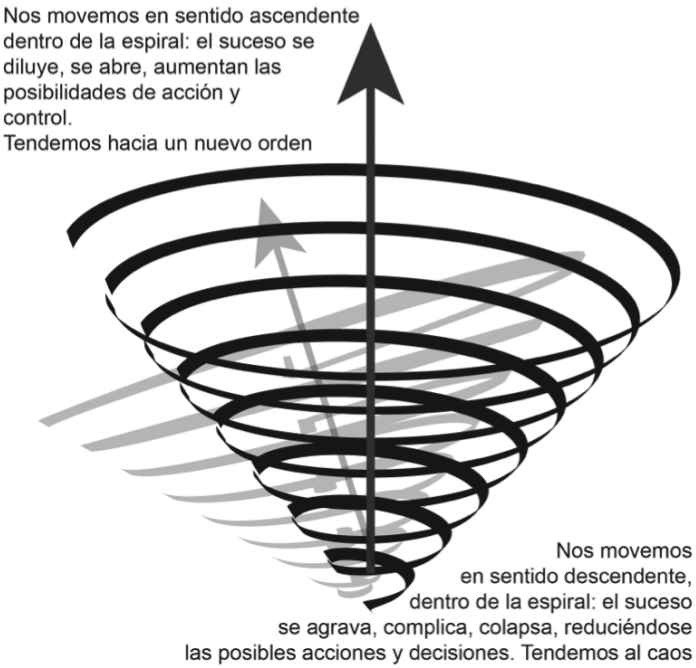
colapsará, engulléndonos. Esa realidad nos obligará a pasar por el Punto de Colapso, un final que tememos y que, si fuese posible, evitaríamos.

Ésta es, de hecho, una de las principales características de todo problema: a medida que el tiempo progresa, vamos teniendo menos salidas. La situación va colapsándose de manera que nos conduce a esa decisión, a esa acción, a ese suceso cuyas consecuencias tememos o consideramos como inaceptables.

En el ejemplo anterior, sería cuando la enfermedad progresa hacia un vórtice de agravamiento, limitando a la persona cada vez más, hasta el extremo de obligarla a someterse a drásticos tratamientos y medidas.

Entonces, en un sentido estricto, todo problema progresa en el tiempo evolucionando hasta su resolución espontánea, bien porque se amplían las opciones, disolviéndose por sí mismo, o bien porque se precipita hacia una crisis inevitable, allí donde se colapsa.

Figura 1. Representación gráfica del patrón espiral de los problemas



Ésta es la paradoja del tiempo: el problema siempre contiene la solución en sí mismo pues basta con que el tiempo transcurra y empuje la situación, ya sea hacia su disolución o hacia su colapso.

Así pues, ante cualquier suceso, aplica esta referencia geométrica. Por ejemplo, observa ahora la sociedad que nos rodea y reflexiona si tiende hacia más y más opciones, ensanchando los horizontes de los individuos que la componen, o más bien, si la tendencia es hacia la limitación y la estrechez de opciones conforme pasa el tiempo.

Vectores del suceso y de la persona que orientan hacia el orden o hacia el caos

Seguimos avanzando en nuestro objetivo de proponer claves y herramientas conceptuales que incrementen tu capacidad a la hora de afrontar situaciones-problema y retos.

Ya comprendemos y nos hemos familiarizado con el esquema de la espiral y su adecuación para analizar las situaciones problema. Nuestro siguiente paso consiste en comprender qué características del suceso o de la persona que interviene favorecen la tendencia al caos o al orden.

Básicamente, dentro de la situación hay dos elementos esenciales:

- *La complejidad del sistema*, derivada del hecho de que el objeto o el suceso están conformados por una gran cantidad de elementos, o de que la relación y vinculación entre ellos es sofisticada y compleja. Daría lo mismo que hablásemos de piezas mecánicas, de estructuras biológicas o de interacciones entre individuos. Complejidad y sencillez mantienen una relación directa con el orden y el caos.
- *El grado de tensión a la que el objeto o suceso es sometido*, ya sean presiones o fuerzas aplicadas a las condiciones de trabajo, o al ambiente, etc. Cuanta más tensión se administra al sistema, el riesgo de que se superen sus límites de carga y resistencia aumenta, aproximándonos a ese punto que desencadenará una cascada de reacciones que arrastrarán al caos y a la pérdida del equilibrio, a la ruptura de relaciones o a la desestructuración general. Tanto el exceso de tensión como la holgura, podrán igualmente arrastrar al caos. En este sentido es muy necesario conocer la *justa medida* en la que el sistema trabajaría ofreciendo su mejor rendimiento; es esencial, por tanto, que se encuentren los límites óptimos de rendimiento.

Todo suceso y problema siempre tendrá personas interactuando con él que constituirán también elementos a considerar, muy especialmente a la hora de entender la dinámica del vórtice. Los elementos críticos vinculados a la persona son:

- *El grado de conocimiento*. Es la principal variable del individuo en interacción con el suceso. A mayor conocimiento, más acertado será su criterio y por tanto sus decisiones serán las mejores para cada caso. Por contra, la ignorancia no hará sino llevarle a tomar decisiones nefastas, precipitándolo todo.
- *El nivel de información*. Permite, sobre todo, anticiparse, y prever los acontecimientos venideros. La anticipación nos permite actuar siempre con ventaja, por delante del suceso, dominándolo, acotándolo, controlándolo o conteniéndolo. Cuando, por el contrario, se actúa reactivamente yendo por detrás de la situación, se pierde el control y pasamos a ocupar un lugar vulnerable.

En occidente, vivimos en una sociedad en la que, aparentemente, se tiene acceso a gran cantidad de información que no siempre es debidamente verificada y contrastada, lo que no garantiza, en absoluto, una sociedad del conocimiento que, además, cada día está más compartimentado.

Conocimiento e información no son lo mismo. Sólo cuando ambos están presentes se garantiza un criterio acertado y maestría a la hora de manejar cualquier situación. Cuando se dispone de conocimiento sin datos, podrán lanzarse previsiones valiosas del tipo "si... entonces", de modo que, al observar la evolución del suceso, se podrán ir confirmando datos al cumplirse las predicciones.

Pero cuando disponemos solamente de información, podremos caer en el error de creer que sabe-

mos y entendemos la situación, e incluso creernos capaces de predecir su evolución. Esto podrá llevarnos a tomar decisiones imprudentes.

Si además de la desinformación, carecemos de conocimiento, entonces estaremos a merced de los acontecimientos.

A modo de resumen:

Tabla 1. Interacción entre conocimiento e información

	Información +	Información -
Conocimiento +	Maestría y control	Predicciones acertadas
Conocimiento -	Imprudencia	Vulnerabilidad y desventaja

Así pues, tenemos dos vectores asociados al suceso y otros dos a la persona que nos proyectan hacia el lado amable del vórtice o, alternativamente, hacia su lado más inquietante, el *Punto de Colapso*.

El *Punto de Colapso*, el *Punto de Infinitas Posibilidades* y una nueva geometría

Sigamos avanzando en nuestra peculiar trayectoria, orbitando en torno al mundo de los problemas, sus características y comportamiento. Para poder hacerlo, vamos a necesitar nuevas estructuras geométricas, nuevos paradigmas que sean más potentes que las dos dimensiones sobre las que habitualmente asentamos muchas de nuestras ideas y conceptos.

Si eres de esas personas a las que imaginar formas en el espacio, hablar de números, vectores y geometrías les produce vértigo, te pido un margen de confianza, porque más adelante comprobarás que estos esquemas tienen una enorme capacidad para inspirarte y guiarte. Te animo a que te desprendas del vértigo para que puedas ampliar tu perspectiva mental.

Ya hemos mencionado una y otra vez el punto sobre el que se apoya el vórtice de la situación, ese punto que a toda costa tratamos de evitar, porque es donde vamos a ser sometidos a la mayor presión, allí donde el suceso nos coloca en una posición que consideramos, por alguna razón, la peor opción posible: el *Punto de Colapso*.

Imagina una relación de pareja que termina y decide separarse; o un vehículo cuyo conductor ha perdido el control saliéndose de su trayectoria e impacta con otros objetos y va perdiendo energía hasta detenerse; o ese negocio que ha perdido toda rentabilidad y se vuelve insostenible hasta que se decide cesar la actividad y liquidarlo... En todos esos casos el vórtice ha estrangulado la situación hasta llevarla al punto de colapso. Ahora bien, ¿acaso el mundo se detiene ahí?, ¿acaba todo? Más bien ocurre lo contrario. Distinto es que esa reconfiguración a la que te ves abocado sea muy diferente a como a ti te hubiera gustado que fueran las cosas.

Es decir, salvo que el *Punto de Colapso* sea el límite del vórtice y en él te juegues la propia supervivencia, cuando superes ese tránsito te verás reubicado en la vida, con una configuración de circunstancias nuevas y distintas a aquéllas de las que partiste. Materialmente te habrás visto proyectado a otra realidad.

Luego el *Punto de Colapso* (a excepción de que no sobrevivas), se va a convertir en el *Punto de Infinitas Posibilidades*.

Una vez superado ese cuello de botella, allí donde las opciones no hacían más que cerrarse y limitarte a cada momento, pasarás a una situación renovada que irá admitiendo más y más opciones a cada momento. Es algo muy paradójico y singular pero absolutamente real: pasas de transitar por una *espiral convergente* y que se estrechaba, a emerger del *Punto de Colapso*, proyectándote hacia otra espiral que se va abriendo, donde se admiten a cada momento más y más opciones. Por ello afirmamos que el *Punto de Colapso* es, en sí mismo, el *Punto de Infinitas Posibilidades*.

Ahora, imagina la forma de un donut (al que más adelante me referiré por su nombre geométrico, o "toroide"): esa estructura posee una cara exterior circular y curvada de modo que, si subes o bajas por ella, acabas por pasar por la cara interior. En ese espacio interior es como si hubiera dos conos o vórtices unidos por su parte más angosta...

Es esa forma geométrica, la que necesito que mantengas ahora en tu mente...

En realidad es como si los sucesos fuesen pequeñas esferas girando por la cara externa del toroide. Cada ciclo del suceso es como una vuelta a esta estructura por su cara exterior. Los sucesos que se comportan de esta manera son estables, variando muy poco en cada repetición o ciclo.

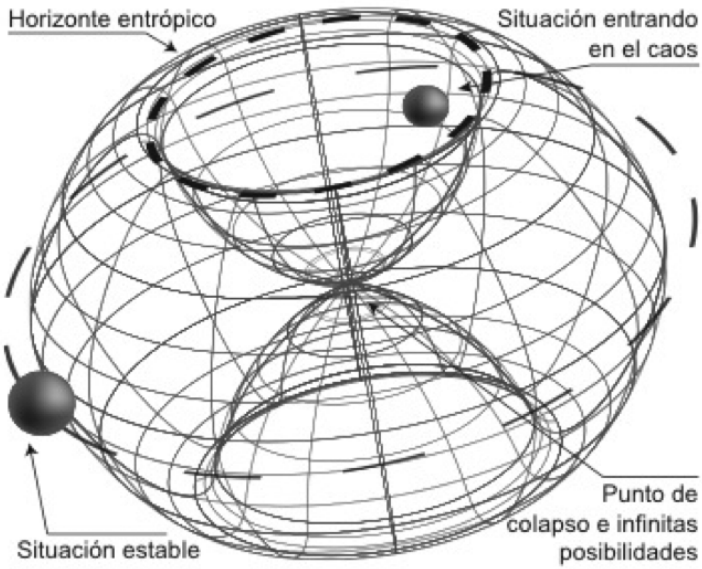
Si eso sucede así, todo se mantendrá en orden y funcionando con normalidad: tu organismo sano que filtra y bom-

bea miles de litros de sangre al día; los ciclos climáticos que se suceden sin alteración; en fin, todo aquello que marcha bien, aunque no seas consciente de ello. Son sucesos que, aunque en principio nunca tendrían por qué visitar la parte interna del toroide, cuando lo hacen, nos proyectan directamente hacia el caos.

Pero igual que hay sucesos estables, también los hay muy inestables. Sucesos que se dan bajo grandes presiones, y llevan al límite a sus componentes e interacciones, de modo que la frontera entre el equilibrio y el caos es muy estrecha. Esos sucesos serían como diminutas esferas orbitando por la cara externa del toroide, pero, dada su naturaleza inestable, lo harían describiendo amplias curvas arriba y abajo de la superficie exterior. En su trayectoria oscilante realizarían arcos tan extremos que correrían el riesgo de "caerse" o "colarse" (tanto por arriba como por abajo) en la zona interna. Allí pasarían a una nueva dinámica, en la que su ciclo se expresaría dentro de esos vórtices, cayendo hacia el punto más angosto (el *Punto de Colapso*) para, una vez cruzado, (ahora estaríamos saliendo por el *Punto de Infinitas Posibilidades*), seguir su trayectoria e incorporarse a la espiral opuesta en la que la trayectoria se volvería a abrir.

Recorrido el interior del toroide, acabarían por volver a salir (ya fuese por arriba como por abajo), para seguir cumpliendo sus ciclos por la cara exterior de la estructura, recuperando un nuevo orden.

Figura 2. Representación gráfica del toroide



Esto que aquí describimos geométricamente reproduce con gran precisión el comportamiento general de lo que llamamos un problema: un suceso que evoluciona en el tiempo, complicándose hasta entrar en una dinámica que va reduciendo sus opciones sistemáticamente, y llevarte a un punto de máxima tensión; a partir de éste, la realidad vuelve a reconfigurarse, evolucionando de nuevo, de manera que ahora las opciones se abren. Entonces el suceso pasa a formar parte del pasado y tú pasas a encontrarte viviendo en un nuevo orden de circunstancias.

El problema como punto de acceso a distintos niveles de realidad

Vistas las cosas de esta manera, las situaciones-problema, los grandes retos, son siempre puntos críticos a partir de los cuales tenemos la oportunidad de reconfigurar nuestra realidad.

La mayoría de las veces serán reconfiguraciones que van en contra de nuestra voluntad. Tratamos de evitar esos sucesos que nos sacan de lo conocido y aparentemente seguro. De hecho, como veremos al definir qué es un problema, uno de sus componentes esenciales será ese aspecto que nos parece inaceptable en la situación, por alguna razón inadmisible, en comparación con la realidad en la que desearíamos permanecer.

Sin embargo muchas veces ocurrirá que, cuando evaluemos con perspectiva aquellos sucesos que en su día vivimos como terribles, veremos que luego nos trajeron un nuevo estatus, y reconoceremos entonces que fueron cambios necesarios y deseables.

También es verdad que a veces se producen catástrofes personales, de modo que la persona entra en una especie de colapso en el que todo parece saltar por los aires, hasta el riesgo de perderlo todo. A ello hay que sumar que, aunque es más improbable, también suceden desastres naturales y otras circunstancias extremas que pueden arrastrarnos al caos más absoluto. En estas ocasiones, los factores personales de solidez, madurez y equilibrio interno serán determinantes. Ello explica por qué algunas personas, aún sufriendo sucesos traumáticos imprevistos salen reforzados de los mismos, mientras otros se quedan traumatizados con el suceso, reviviendo una y otra vez la experiencia monstruosa, vitalmente bloqueados.

Ésta es la diferencia entre la personalidad resiliente, mentalmente fuerte y flexible y la personalidad emocional-

mente vulnerable, que sustenta su propia identidad sobre una estructura frágil y quebradiza. Este término, "resiliencia" es una castellanización del inglés *"resilience"*, empleado en metalurgia: se refiere a la capacidad de un material que, sometido a esfuerzos y torsiones, recupera su forma original. Luego fue adoptado por las ciencias sociales y nosotros lo empleamos aquí en el sentido en que lo emplea Stefan Vanistendael (2002) {1}. Es pues, la capacidad de desarrollarse bien, de crecer a través de grandes problemas o en circunstancias muy difíciles y, pese a todo, proyectarse en la vida (ver también: MANCIAUX, et al - 2003) {2}.

En contextos problemáticos, las personalidades frágiles terminan por convertirse en personas desadaptadas al sistema y con grandes dificultades para volver a incorporarse a los estándares de la sociedad.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, cuando el individuo sabe aprovechar los sucesos que le ponen verdaderamente a prueba obligándole a sacar de sí mismo potencialidades que desconocía, entonces esos acontecimientos se convierten en interesantes motores de crecimiento y cambio que, en circunstancias más propicias, nunca se hubieran expresado.

Por esta razón decimos que esos vórtices vivenciales pueden ser puertas hacia realidades más amplias y diversas.

Que esas experiencias nos ayuden a crecer sin duda requerirá que sean debidamente integradas como vivencias positivas que nos hagan más experimentados, profundos y valiosos.

Para que esto suceda, además de fortaleza interior, serán necesarios dos requisitos más: una *Visión Holista del Tiempo* (VHT) y una *Conciencia Siempre Presente* (CSP).

- *Visión Holista (VHT) vs. Visión Puntual (VPT):* Analizar los sucesos como hechos temporalmente aislados entre

sí es una tendencia muy extendida. Así, los problemas se convierten en situaciones puntuales, en las que perdemos la visión de futuro, anulando toda perspectiva, de modo que la situación se padece en toda su magnitud. Vistas así las cosas, carecemos de control sobre la situación, lo que nos hará sentirnos a merced de las circunstancias. Esta actitud sólo sirve para acumular posos de dolor en nuestro interior. Los hechos se acumulan inconexos entre sí, siendo incapaces de ver nuestra propia trayectoria vital, ni de fomentar acciones y decisiones que nos lleven hacia donde queremos ir. Al final llegamos a un futuro no deseado y al que no sabemos cómo llegamos.

Se hace imprescindible una *Visión Holista del Tiempo (VHT)*, basada en una percepción integrada del tiempo, donde los sucesos se den en un continuo, enlazándose y vinculándose entre sí. Éste es el tipo de visión que necesitamos para generar grandes cambios, en primer lugar en nosotros y, en segundo lugar, en nuestro entorno. Desde esta óptica los problemas pasan de ser castigos divinos a sucesos coherentes con una determinada trayectoria personal. Hasta es posible que, con esta nueva perspectiva, comencemos a encontrar un cierto sentido trascendente a cuanto nos sucede.

- El rasero de la *Conciencia Siempre Presente (CSP)*. Ahora tenemos una visión temporal continua con la que contemplamos los sucesos de nuestra vida integrados en un todo, que será el resultado de las trayectorias que elegimos, siempre susceptibles de ser revisadas y modificadas. La posibilidad de cambio sólo puede traerse a la realidad cuando cada suceso que vivimos pasa por la conciencia.

  Sólo cuando tenemos plena conciencia de cuanto nos acontece, de cómo nos hacen sentir las circunstancias y de su impacto en nuestras

vidas entrarán en juego procesos superiores de la mente como el verdadero aprendizaje. Ahora será posible la asimilación y la reflexión, y las experiencias negativas serán integradas, extrayendo de ellas la esencia positiva que contienen como aprendizaje.

Todo ello posibilita el progreso de la persona, su cambio, crecimiento y maduración. Es entonces cuando, esos sucesos inicialmente dolorosos, se convierten en momentos de gran intensidad y riqueza vital, que marcan puntos de inflexión en nuestra vida. La persona capaz de atravesar los problemas de este modo se hará más profunda, íntegra y auténtica. Sencillamente crecerá en el Ser.

La persona, entonces, pasa a experimentar su vida como un TODO, en el que cada elemento está relacionado y vinculado con los demás, en vez de considerarla como una acumulación de fragmentos agradables de los que querrá borrar algunos hechos que considera dolorosos. Por el contrario, ahora empezará a comprender, a observar sus propios procesos y cambios, a trazar sus propias trayectorias.

Pasamos de una visión desintegrada y fragmentada de nosotros mismos, con fotogramas velados, a una visión integrada, coherente, en la que cada suceso guarda una clara relación con la trayectoria vital elegida. Antes, desde la visión inconexa de las cosas, éramos incapaces de ejercer control sobre lo que nos sucedía.

Entonces, no es en absoluto casual que, al analizar un término tan empleado como el de "crisis", nos encontremos con un significado completamente acorde con la descripción que estamos haciendo de estos sucesos. El origen de esta palabra se deriva del griego *"krinein"* (κρίνειν), que textualmente significa "decidir" (PABÓN S. de URBINA, J.M. y ECHAU-

RI MARTÍNEZ, E. - 1943) {3}, un punto decisivo en el que habrá que ejercer cambios, acertados o errados, pero en cualquier caso cambios. Buscando el origen de este término en otras culturas más distantes como la china, encontramos que el signo que emplean ellos para expresar la idea "crisis" es la combinación de dos ideogramas distintos: de una lado "oportunidad" y de otro "peligro".

Así, un estado crítico se caracteriza porque, lo que era eficaz hasta un determinado momento deja de serlo, obligándonos a la búsqueda de alternativas no contempladas hasta entonces. Pensémoslo de este modo: la crisis no es más que un momento fronterizo entre unas formas de hacer pretéritas e ineficaces, y otras nuevas aún por concretar hacia las que se hace necesario transitar. Cuanto más se dilate ese tránsito hacia el cambio, mayor será el desgaste del sistema y de sus individuos, y también su sufrimiento.

Los problemas, por tanto, son un factor dinamizador, porque fuerzan a cambiar aquellas situaciones y actitudes que ya no se adaptan a nuestras nuevas necesidades y criterios. Son verdaderos impulsos, verdaderas palancas de cambio.

Y esto que le sucede al individuo, también les ocurre a grupos y sociedades. Arnold J. Toynbee (1971) {4} en el estudio que realiza sobre veintitrés sociedades "civilizadas", concluye que los problemas a los que se enfrentan esos colectivos son determinantes para provocar el desarrollo y la aparición de una civilización próspera. En palabras del propio autor:

> *"Podemos decir que una sociedad enfrenta en el curso de su vida una serie de problemas que cada miembro ha de resolver por sí mismo como mejor pueda. La presentación de cada problema es una incitación a sufrir una prueba, y a través de esta serie de pruebas, los miembros de la sociedad se diferencian (...) El crecimiento (de*

una sociedad) se verifica cuando un individuo, minoría o sociedad entera replican a una incitación (problema), con una respuesta que no sólo contesta a esta incitación, sino que expone también a quien responde a una nueva incitación que exige de su parte una respuesta ulterior (...) Al estudiar los crecimientos de las civilizaciones encontramos que podrían descomponerse en series de representaciones del drama de incitación-respuesta, y que la razón por la que una representación seguía a otra era porque cada una de las respuestas no sólo tenía éxito contestando a la incitación particular por la que había sido provocada, sino que era también un agente que suscitaba una nueva incitación, que surgía cada vez de la situación nueva creada por una respuesta con éxito (...) En una civilización en crecimiento, una incitación encuentra una respuesta con éxito, que a su vez engendra otra y diferente incitación, la cual vuelve a encontrar otra respuesta con éxito. No hay término en este proceso de crecimiento, siempre y cuando no surja una incitación a la que la civilización en cuestión no logre responder".

Cuando la persona se hace responsable de cuanto sucede, se dispone con una actitud favorable hacia el problema y lo afronta eligiendo un estilo eficaz, se convierte en un agente de cambio tan sólido que permite considerar el problema como una situación potencialmente resuelta, que además ha servido de impulso para dar un salto hacia otro nivel de conciencia y realidad.